

cómplices y callaba también, tranquilo y satisfecho.

Á fines del mes comenzó la dispersión general; todos los que tenían cuatro cuartos, y muchos que no los tenían, dejaron la capital y buscaron la frescura de la playa.

Don Víctor, loco de contento, salió del Vivero con su mujer y con Petra y se instaló en el puerto mejor de la provincia, *La Costa*, villa floreciente más rica que Vetusta, emporio del cabotaje y vestida muy á la moda. Otros años Quintanar pasaba el mes de Agosto en Palomares, á donde iban también Visita, Obdulia y alguna vez los marqueses y Mesía.

—¡ Dos años hace que no he veraneado !—decía Quintanar alegre como un chiquillo.

La Regenta prefirió *La Costa* á Palomares porque el Magistral había suplicado que no se fuera á baños, y que si el médico lo exigía que por lo menos no se fuera á Palomares. No quiso Ana contradecir este deseo del confesor y transigió.

« Iremos á *La Costa* » dijo en la carta en que contestó á don Fermín. Tenía éste pésima idea de los efectos morales de los baños de todo el Cantábrico, y especialmente de los baños de Palomares. La mayor parte de los penitentes volvían de aquel pueblo de pesca con la conciencia llena de pecadillos que, si tratándose de otros casi le hacían sonreír, en la Regenta le hubieran hecho muy poca gracia.

Comprendía don Fermín que su influencia iba disminuyendo, que la fe de Ana se entibiaba y en cambio crecía la desconfianza en ella; y como perder del todo á su Regenta era idea que le asustaba, dando tormento al orgullo, á los celos, hacía de tripas corazón, fingía no ver, y mantenía su poder espiritual claudicante « con puntales de tolerancia y estribos de paciencia. » La ira la desahogaba sobre el obispo y con la curia eclesiástica. Cada vez era su poder mayor y más cruel su tira-

nía. Las ventajas de don Alvaro en el ánimo de Ana las pagaba el clero parroquial, aquel clero que Foja decía respetar tanto.

También Ana prefería aquel *modus vivendi*; no quería volver á las andadas, temía que viniesen la compasión y los remordimientos y las aprensiones á molestarla y al fin hacerla caer enferma, si por completo rompía con el Provisor.

« Me conozco, pensaba; sé que, después de todo, le tengo cierto cariño, y si abandonase su amistad, una voz insufrible me había de estar gritando siempre en favor suyo. Mejor es esto; ya que él disimula, y finge no ver este cambio, y ya no se queja como al principio, dejémoslo todo así; quiero paz, paz, no más batallas aquí dentro. »

Don Alvaro, en el tono confidencial que había adoptado después de su declaración, había venido á indicar vagamente que no convenía irritar á don Fermín, que él le creía capaz de hacer daño siempre de un modo ó de otro. Ana, aunque Alvaro no se atrevía á ser muy explícito en este particular, comprendía lo que su amigo, *nuevo hermano*, quería decir y aprobaba su prudencia.

Por todo lo cual pudo el Provisor atreverse á insinuar aquel deseo que en otro tiempo hubiera sido impuesto en un decreto sin exposición de motivos.

Ana fué á *La Costa*. Mesía, por disimular, pasó cinco días en Palomares, después se corrió á San Sebastián, y el día de Nuestra Señora de Agosto se presentó en *La Costa*, en un vapor de Bilbao, nuevo y reluciente.

Á don Víctor le gustaba mucho, por una temporada, la vida de fonda. Se había instalado en la más lujosa, de más movimiento y ruido, situada en el Muelle. Allá se fué también Mesía, accediendo á los ruegos de su amigo el ex-regente.

Veinte días después volvían los tres juntos á Vetus-ta; Benítez felicitó á la Regenta por su notable mejo-ría; ahora sí que estaba la salud asegurada; ¡qué color! qué morbidez! qué *sólidamente* robusta volvía!

Á don Víctor se le caía la baba. «¡Oh, el mar, si no hay como el mar, y la mesa redonda, y la casa de baños, y los paseos por el muelle, y los conciertos al aire libre... y los teatros y circos! ¡Qué contento esta-ba con la vida Quintanar! Su mujer era una joya; la más hermosa de la provincia, como había sido siem-pre, pero además ahora suya, completamente suya, y de un humor nuevo, alegre, activo, como el que Dios le había otorgado á él...

—¿Y yo? ¿eh? ¿qué tal vengo yo, señor Benítez?

—Magnífico; magnífico también; hecho un pollo.

—Ya lo creo!

—¿Y este galápago? Este galápago que ya va siendo viejo, ¿qué tal?—Y daba palmaditas en la espalda de Mesía.—Este sí que parece un chiquillo.

Y volviéndose á Frigilis que estaba presente, algo triste y desmejorado, añadía Quintanar:

—En cambio tú vas á escape para Villavieja... y eso que tanto tono sabes darte con tu higiene, y tu vida de árbol secular. No, lo que es al siglo no llegas, car-camal...

Y abrazaba y daba palmadas en la espalda también á su Frigilis para que no tuviera celos de Mesía. Quin-tanar era feliz; quería que lo fueran todos los suyos, su mujer, sus criados, y los amigos, hasta los conoci-dos, el mundo entero.

Si Mesía le preguntaba en broma:

—¿Qué tal *Kempis*? ¿Qué dice de esto *Kempis*?

El otro contestaba:

—¿Quién? Qué *Kempis* ni qué ocho cuartos!... Voy á hacer obras en el caserón. Voy á blanquear el patio y los pasillos, á empapelar el comedor y picar la pie-

dra de la fachada. Verán Vds. qué hermosa queda la piedra amarillenta después que la piquemos. No quie-ro oscuridad, no quiero negruras, no quiero tristezas.

Mesía había convencido á la Regenta de que don Víctor, en rigor, venía á ser una cosa así... como un padre. Siempre había pensado ella algo por el estilo.

Sin embargo, se le debía el honor; y á pesar de tanta intimidad, de aquel amor confesado implícita-mente, Ana podía decir que don Alvaro no había pues-to sus labios en aquella piel con cuyo contacto soñaba de fijo.

Mesía no se daba prisa. «Aquella casada no era como otras; había que conquistarla como á una virgen; en rigor él era su primer amor y los ataques brutales la hubieran asustado, le hubieran robado mil ilusiones. Además á él también le rejuvenecía aquella situación de amor platónico, de intimidad dulcísima en que sólo él hablaba de amor con la boca y ambos con los ojos, la sonrisa y todo lo demás que era mudo y no era des-honesto y grosero.

«Así como así el verano siempre le tenía un poco lánguido y desmadejado. Calculaba él, con aquella frivolidad afectada y natural al mismo tiempo de ma-terialista práctico, calculaba que allá para el invierno él se sentiría fuerte como un roble y la Regenta estaría suave y dócil como una malva. Además, una barbari-dad podía, sino echarlo todo á perder, retrasar las cosas, darles un giro menos picante y sabroso que el que llevaban. Ello diría, ello diría y no había de tardar.»

Y en tanto la vida era una delicia. El maduro don Juan que, como él decía, *était déjà sur le retour*, se sen-tía transformado por la juventud y la pasión vehe-mente y soñadora de Anita. No recordaba don Alvaro haber deseado tanto á una mujer ni haber gozado con los amores platónicos, según él llamaba á todos los no consumados, como estaba gozando entonces.

La Regenta cayendo, cayendo era feliz; sentía el mareo de la caída en las entrañas, pero si algunos días al despertar en vez de pensamientos alegres encontraba, entre un poco de bilis, ideas tristes, algo como un remordimiento, pronto se curaba con la nueva metafísica naturalista que ella, sin darse cuenta de ello, había creado á última hora para satisfacer su afán invencible de llevar siempre á la abstracción, á las generalidades, los sucesos de su vida.

Pero la misma Ana, tan dada á cavilaciones, tenía poco tiempo para ellas. Toda la vida era diversión, excursiones, comidas alegres, teatros, paseos. Entre la casa de los Marqueses y la de Quintanar se había establecido una especie de convivencia de que participaban Obdulia, Visita, Alvaro, Joaquín y algunos otros amigos íntimos.

Se iba al Vivero muy á menudo; se corría por el bosque, por la galería que rodeaba la casa, por la huerta, por la orilla del río. Todos parecían cómplices. Obdulia y Visita adoraban á la Regenta, eran esclavas de sus caprichos, se la comían á besos; juraban que eran felices viéndola tan tratable, tan *humanizada*. Y jamás una alusión picaresca, ni una pregunta indiscreta, ni una sorpresa importuna. Nadie hablaba allí del peligro que sólo ignoraba Quintanar. Muchas veces, cuando una tormenta como la de San Pedro descargaba sobre el Vivero, se quedaba allí toda la comitiva á pasar la noche. Ana se encontraba, sin buscarlo, pero sin esquivar las ocasiones, en contacto con Alvaro, apretada contra él en coches, palcos, bailes, bosques, muchas veces cada semana.—

Un día de Noviembre, de los pocos buenos del Veranillo de san Martín, se emprendió la última excursión, por aquel año, al Vivero.

La alegría era extremada, nerviosa. *Aquellos chicos*, como seguía llamándolos Ripamilán, también expedi-

cionario á pesar de los años, aquellos chicos que tenían en la quinta de Vegallana los mejores recuerdos de sus juegos alegres, se despedían con pesar de aquel rincón de sus primaveras y sus otoños. Querían saborear hasta la última gota de alegría loca en la libertad del campo, en las confidencias secretas y picantes del bosque. Jamás Visita *hizo la niña* de mejor buena fe, jamás Obdulia consintió á Joaquín *más tonterías*, según su vocabulario lleno de eufemismos; Edelmira y Paco hicieron unas paces rotas ocho días antes; hasta los viejos cantaron, bailaron un minué y corrieron por el bosque; don Víctor hizo diabluras y se cayó al río, pretendiendo saltarlo de un brinco por cierto paraje estrecho.

Ana y Alvaro, al darse la mano por la mañana, al subir al coche, se encontraron en la piel y en la sangre impresiones nuevas. La noche anterior Alvaro había dicho que él se quería morir. No pedía nada, pero se quería morir. Ana en todo el camino de Vetusta al Vivero no dijo más que esto, y bajo, al oído de Alvaro: «Hoy es el último día.»

Después de comer, á todos los amantes del Vivero les preocupó la idea de que la tarde sería muy corta. Joaquín y Obdulia sabían que todo el mundo era patria: «¡pero como allí!» Edelmira y Paco suspiraban también por sus escondites de la quinta, que iban á dejar muy pronto... Antes del último arranque de locura, de las últimas carreras por el bosque y de la última alegría hubo un cuarto de hora de melancolía... de cansancio mezclado de tristeza. La tarde iba á ser corta y la última. Visita se sentó al piano y tocó la polka de *Salacia*, un baile fantástico de gran espectáculo que se representaba aquellas noches en Vetusta. *Salacia*, la hija del mar, sacaba á sus hermanas del océano y no se sabe por qué á las Bacantes á bailar en la playa una danza infernal; Ana recordó la impresión

que aquella polka había causado en sus sentidos... «¡Las Bacantes! Asia... los tirsos, la piel de tigre de Baco.»—Ana sabía mucho de estos recuerdos mitológicos y pronto había dejado de ver el pobre aparato escénico del teatro de Vetusta y las bailarinas prosaicas y no todas bien formadas, para trasladarse á la imaginada región de Oriente donde su fantasía, á medias ilustrada, veía bosques misteriosos, carreras frenéticas de las bacantes enloquecidas por la música estridente y por las libaciones de perpetua orgía, al aire libre. ¡La bacante! la fanática de la naturaleza, ebria de los juegos de su vida lozana y salvaje; el placer sin tregua, el placer sin medida, sin miedo; aquella carrera desenfrenada por los campos libres, saltando abismos, cayendo con delicia en lo desconocido, en el peligro incierto de precipicios y enramadas traidoras y exuberantes... Mientras Visita recordaba de mala manera en el piano aquella humilde polka de *Salacia*, que tenía de bueno lo que tenía de copia, la Regenta dejaba bailar en su cerebro todos aquellos fantasmas de sus lecturas, de sus sueños y de su pasión irritada.

De pronto se le antojó mirar una *Ilustración* que estaba sobre un centro de sala. «La última flor» decía la leyenda de un grabado en que clavó Ana los ojos. En un jardín, en Otoño, una mujer hermosa, de unos treinta años, aspiraba con frenesí y oprimía contra su rostro una flor... la última...

—¡Ea, ea, al monte!—gritó en aquel momento Obdulía desde la huerta—¡al monte, al monte! á despedirse de los árboles...

Visitación azotó con fuerza las teclas violentando el compás de su polka... y enseguida cerró el piano con ímpetu.

—¡Al monte! al monte!—gritaron de arriba y de abajo.

Y salieron por el postigo á despedirse de robles, en-

cinas, espinos, zarzas, helechos, y de la yerba fresca y verde de la otoñada.—

Aquella noche se prolongó la fiesta en Vetusta; era la despedida del buen tiempo; el invierno iba á vol-



ver, el diluvio estaba á la puerta... Y se improvisó una cena para todos aquellos señores. Muchos á las doce, después de bailar y cantar y alborotar, ya te-

nían apetito; se había comido temprano; otros no hicieron más que probar golosinas y beber. Como la noche se había quedado tan serena y templada que parecía de las primeras de Setiembre se cenó en la estufa nueva que se inauguró en este día; era grande, alta, confortable, construida por modelo de París. Don Alvaro, inteligente en la materia, dijo que se parecía, en pequeño, á la de la Princesa Matilde. ¡Cómo envidió Obdulía aquel dato! Y sintió orgullo. ¡Un hombre que

había sido su amante podía hablar de la *serre* de la Princesa Matilde!

Se cenó allí. En el salón amarillo, donde se había bailado después de volver de Vetusta, mediante algunos tertulios de refresco, se apagaban solas las velas de esperma en los candelabros, corriéndose por culpa del viento que dejaba pasar un balcón abierto. Los criados no habían apagado más que la araña de cristal. Las sillas estaban en desorden; sobre la alfombra yacían dos ó tres libros, pedazos de papel, barro del Vivero, hojas de flores, y una rota de Begonia, como un pedazo de brocado viejo. Parecía el salón fatigado. Las figuras de los cromos finos y provocativos de la Marquesa reían con sus posturas de falsa gracia violentas y amaneradas. Todo era allí ausencia de honestidad; los muebles sin orden, en posturas inusitadas, parecían amotinados, amenazando contar á los sordos lo que sabían y callaban tantos años hacía. El sofá de ancho asiento amarillo, más prudente y con más experiencia que todos, callaba, conservando su puesto.

Una ráfaga de viento apagó la última luz que alumbraba el cuadro solitario. El reloj de la catedral dió las doce. Se abrió la puerta del salón y pasaron dos bultos. Las pisadas las apagó en seguida la alfombra. Por toda claridad la poca de la calle, producto de la luna nueva y de un farol de enfrente, adulación del municipio nuevo á la casa del Marqués. Al abrirse la puerta se oyó á lo lejos el ruido de la servidumbre en la cocina; carcajadas y el *run, run* de una guitarra tañida con timidez y cierto respeto á los amos; este rumor se mezclaba con otro más apagado, el que venía de la huerta, atravesaba los cristales de la estufa y llegaba al salón como murmullo de un barrio populoso lejano.

Los dos bultos eran Mesía y Quintanar, que ebrio de confidencias perseguía á su amigo íntimo con el

relato de las aventuras de su juventud, allá en la Almunia de don Godino.

Don Álvaro se dejó caer en el sofá, soñoliento y soñador; no oía á don Víctor, oía la voz del deseo ardiente, brutal que gritaba: «¡ hoy, hoy, ahora, aquí, aquí mismo !»

Y en tanto el ex-regente, á quien aquellas sombras del salón y aquella discreta luz del farol de enfrente y del cuarto de luna, parecían muy á propósito para confesar sus picardías eróticas, continuaba el relato, para decir de cuando en cuando, á manera de estribillo:

— ¡ Pero qué fatalidad! ¿ Cree Vd. que por fin la hice mía? ¡ pues no señor! pásmese Vd... Lo de siempre, me faltó la constancia, la decisión, el entusiasmo... y me quedé á media miel, amigo mío. No sé qué es esto; siempre sucede lo mismo... en el momento crítico me falta el valor... y estoy por decir que el deseo...

Una vez, al repetir esta canción don Víctor, á Mesía se le antojó atender; oyó lo de quedarse á media miel, lo de faltarle el valor... y con suprema resolución, casi con ira pensó:

— Este idiota me está avergonzando sin saberlo... Ya que él lo quiere, que sea... Esta noche se acaba esto... Y si puedo aquí mismo...

Poco después los dos amigos, cansado hasta el mismo don Víctor de confesiones, volvieron á la mesa, donde reinaba la dulce fraternidad de las buenas digestiones después de las cenas grandiosas. No estaba allí Anita.

Salió Alvaro sin ser visto, por lo menos sin que nadie pensara en si salía ó no, y entró de nuevo en el caserón. En la cocina seguía la algazara. Lo demás todo era silencio. Volvió al salón. No había nadie. «No podía ser.» Entró en el gabinete de la Marquesa... Tampoco

vió entre las sombras ningún cuerpo humano. Todo era sillas y butacas. Sobre ellas ningún bulto de mujer. «No podía ser.» Con aquella fe en sus corazonadas, que era toda su religión, Alvaro buscó más en lo oscuro... llegó al balcón entornado; lo abrió...

—¡ Ana!

—¡ Jesús!



XXIX

EL día de Navidad venga Vd. á comer el pavo con nosotros. Me lo han mandado de León lleno de nueces. Será cosa exquisita. Además, tengo vino de mi tierra, un Valdiñón que se masca...»

Mesía no faltó á su promesa, y el día de Navidad comió en el caserón de los Ozores. El salón estaba ahora empapelado de azul y oro á cuadros; la gran chimenea churrigueresca se había conservado con sus ondulantes sirenas de abultado seno de yeso. Don Víctor se contentó con pintar de un blanco gris *discreto*, como él decía, todas aquellas cornisas, volutas, acantos, escocias y hojarasca.

Á los postres, el amo de la casa se quedó pensativo. Seguía con la mirada disimuladamente las idas y venidas de Petra que servía á la mesa. Después del café